

HISTORIAS DE AQUÍ E DE ACOLÁ

- Artesanos de As Pontes XIII -

Hoy se me ha venido a la memoria la vida de un artesano de nuestra villa, que, para mí y los de nuestra generación, fue un personaje inolvidable, tanto como persona como en el terreno profesional, en las distintas actividades que desarrolló a lo largo de su dilatada vida.

Nuestro hombre había nacido en la vecina localidad de Roupár, en el Ayuntamiento de Xermade, el 2 de abril de 1902, y muy joven abandonaría el hogar familiar para comenzar una nueva vida en As Pontes, cuando sólo contaba con 17 años. Su primer trabajo en nuestra villa lo encontraría en la casa de la familia de doña Rita Cabarcos Durán, Maestra Nacional, y titular de la escuela situada en el casco histórico de la villa, enfrente a la casa familiar. Allí comenzó a trabajar como chico de confianza, haciendo recados, cuidando el coche de caballos y otras labores domésticas. La familia de doña Rita usaba este coche para hacer desplazamientos por el pueblo y algún viaje esporádico a Ferrol o a La Coruña. Un tiempo después, con la llegada de los primeros vehículos a motor, doña Rita adquirió un coche de la marca Hispano-Suiza, que le encomendó a la persona de su máxima confianza: el joven Diego Otero, para lo cual tuvo la necesidad de sacar el oportuno permiso de conducir en Lugo; siendo uno de los primeros conductores de As Pontes, y, sin lugar a dudas, el chofer más joven de nuestra villa en aquellos lejanos años.

Por el barrio de El Chamoselo por donde habitualmente solía pasear los domingos, coincidió en varias ocasiones con una guapa moza, de carácter afable, y con una simpatía arrolladora que, a medida que pasaba el tiempo, un sentimiento iba arraigando en lo más profundo de su corazón. A la moza tampoco le fue indiferente la presencia de Diego de doña Rita, como desde entonces se le conoció. Era un joven educado, tímido, respetuoso y con ganas de agradar a la bella muchacha con la que presentía que iba a llegar a un feliz desenlace. Se los veía siempre juntos y en muchos lugares. Y así comenzó aquella relación que varios meses después, antes de finalizar el año 1924, acabaría en boda, proporcionando a los jóvenes contrayentes una felicidad que nunca se truncaría hasta el final de sus días. De este matrimonio nacerían cuatro hijos: el primero, José, moriría prematuramente. Teresa y Eladio, ya fallecidos, y la más joven, Chelito, de quien yo he recabado valiosos datos para plasmar esta historia. Y no fue casualidad que los dos primeros hijos fueran apadrinados por don José López Cabarcos, claro indicio de la excelente relación que siempre existió entre Diego Otero y la familia de doña Rita.

Nuestro hombre siguió prestando su servicio en la casa de doña Rita Cabarcos hasta que ésta falleció. A partir de entonces, la casa familiar de aquella se deshizo, ocupando la familia de Diego Otero el antiguo hogar de doña Rita. Allí viviría muchísimos años, casi hasta el final de su existencia. Diego siempre mantuvo el mismo comportamiento con los hijos de su fallecida ama, vigilando sus bienes y guardando la más estricta fidelidad con aquella familia que le había otorgado su más absoluta confianza.

Diego de doña Rita se dedicó

durante varios años al oficio de taxista. Llegó a ser propietario de dos coches, hasta que, con motivo de la Guerra Civil española, se los requisaron, y finalizada la contienda, jamás volvió a recuperarlos. Seguramente se quedaron destrozados en alguna polvorienta vereda de nuestra geografía, pudriéndose, tal vez, a la intemperie, sin que nadie los reclamara. Una vez finalizada la guerra, volvió a ejercer de taxista, aunque por poco tiempo. Pronto comenzó una nueva actividad como mecánico de bicicletas que fue como lo conocí yo. Entonces, Diego se preocupó de hacer una limpieza en el huerto y en el garaje que pertenecía a la familia de doña Rita. La parcela aparecía inculta e invadida por los hierbajos de toda clase. El garaje presentaba un aire de abandono y de ruina... Unos días más tarde, después de aquel trabajo, se podía ver el aspecto de un taller bien organizado, apto para desarrollar en su interior la nueva actividad de reparar vehículos.

En la nueva profesión llegó a ser un verdadero artífice de la improvisación, motivada por la escasez de aquellos años de la posguerra, que nos afectó a todos en mayor o menor medida. No era fácil conseguir entonces cámaras y cubiertas para toda clase de vehículos, incluyendo las bicicletas. Y Diego, con su asombrosa capacidad para improvisar, solucionaba estas carencias, vulcanizando aquellos elementos indispensables para el rodaje de las bicicletas. Pintaba, además, con mucha soltura, los cuadros y guardabarros de estas máquinas, filiteándolos como si hubieran salido de la misma fábrica. Para nosotros, los chavales de entonces, Diego de doña Rita era el artífice que resolvía cualquier avería mecánica que sufrían, muy a menudo, nuestras bicicletas. Reparaba nuestra máquina en muy poco tiempo, y despachaba un buen número de unidades por día; y como trabajaba de sol a sol, podía atender nuestra demanda sin demora alguna. El entorno del casco viejo de la villa era el lugar donde el tiempo se había detenido, desafiando el transcurrir de los siglos, con casas de piedras centenarias, pulidas por la lluvia y los vientos de incontables inviernos...

En su calle, después del amanecer, un aroma a pan recién hecho sorprendía al madrugador artesano. María de Grou, su vecina, era la protagonista de este evento, con su primera hornada del día; entonces, a buen paso, nuestro amigo caminaba hasta el taller, situado unos metros más abajo, para iniciar su tarea diaria. Allí, el aire se tornaba más suave, más cargado de perfumes de la tierra y de las flores del pequeño huerto...

“LA CIUDAD DESCONOCIDA”

En cierta ocasión en que mi bicicleta estuvo en reparación en el taller de Diego Otero, cuando la retiré, decidí hacerle una prueba de larga distancia, en la seguridad que la máquina recién reparada no me iba a defraudar. Así que, como era a primera hora de la mañana de un día de

verano, sin nubes y un sol espléndido, con una temperatura muy agradable y muy apropiada para montar en bicicleta, comencé mi aventura. En esa fecha, yo tenía 9 años y me sentí con las fuerzas necesarias para evadirme de la rutina de circular siempre por el mismo itinerario. Inicié, pues, mi viaje, pedaleando muy despacio para no gastar muchas energías, y poder llegar, carretera adelante, lo más lejos posible. Cuando llegué a la desviación que conducía a Cabañas, opté por seguir recto, sin detenerme. Me agradó aquella carretera amplia y bien asfaltada, sin saber con certeza a donde me conduciría o bien su destino final. Yo no pretendía llegar muy lejos, porque sabía que aquello tendría que tener un límite para mis posibilidades. Con mucha tranquilidad seguí pedaleando, con un ritmo muy discreto. Por otro lado, la carretera era muy llana y apenas se observaba en algún tramo un imperceptible desnivel. Aquello me animó a mantener la velocidad, y mirar con optimismo al horizonte, con el convencimiento de que aquella carretera, asfaltada de negro betún, me conduciría a algún paraje para mí desconocido. Yo jamás había transitado por estos andurriales. La llanura terminó por extinguirse, para dar paso a una pendiente que me hizo sudar la camiseta. Yo no encontraba explicación por qué habían trazado una carretera tan empinada, y repleta de curvas. A un lado y a otro de la calzada pude observar como se levantaban algunas casas, que parecían vacías, aunque se apreciaba actividad en los campos y sembrados que rodeaban los caseríos. Ya para entonces el dar a los pedales comenzó a fastidiarme las piernas. Sentía unas punzadas agudas que me preocupaban por sus incisivos y frecuentes dolores musculares. Entonces, tomé la decisión de bajarme de la bici, y seguir la ascensión a pie, llevando la bicicleta de la mano, a ver si de esta guisa podía mitigar los alborotados latidos de mi corazón, y recuperar la facultad de meter aire fresco en mis pulmones. Seguía pensando en el tremendo error de las personas que habían trazado aquella vía, sin tener en cuenta el sacrificio que exigía el llegar a la cima, que, por otra parte, yo no tenía idea donde estaría el final de este tormento. No volvería a haber en mi vida una mañana tan larga. Ni tan calurosa. Ni tan fastidiosa. El aire vibraba por encima de la llanura. Se hubiera dicho que todo el entorno ondeaba con la ligera brisa. Todo el firmamento lucía un sugerente brillo de color azul intenso. A mis pies, la hierba, peinada por el viento, permitía que las campanillas de color oro viejo, se abrieran paso, pugnando por sobresalir de aquel alborotado vaivén...

Después de esta tortura que a mí me pareció interminable, la calzada fue tornándose más llevadera. A mi derecha pude observar una carretera con firme de piedra, llena de baches, que me hizo desistir de seguirla ante tan malos augurios. Seguí, pues, en la carretera asfaltada, que me pareció más fiable, y que, necesariamente, tendría que llevarme a un destino más sugestivo. Ya en lo alto, me

encontré con una fuente a la orilla de la carretera, que me sirvió para refrescar mi reseca garganta, que no me permitía meter aire fresco en mis sofocados pulmones. Cuando logré rebasar el puerto, monté de un brinco en mi bicicleta, dispuesto a recuperar todo aquel tiempo perdido en aquella subida, que puso a prueba mi voluntad para no rendirme ante aquella descabellada ascensión, que ponía en peligro la salud de los sufridos ciclistas y caminantes... Pude contemplar como el viento ondulaba los trigales, con un sonido apagado que se mezclaba con un calor bochornoso.

Hay un dicho muy acertado que dice que cuesta abajo, todos los santos ayudan. Y yo encontré un buen alivio bajando a buen ritmo aquel desnivel de carretera bien cuidada. En un recodo del camino me encontré de súbito, con una multitud que cruzaba, con insolencia, la calzada, sin respetar, en modo alguno, a los transeúntes que circulábamos raudos, coartando la libre circulación viaria. Como medida de precaución eché pie a tierra, llevando de la mano mi bicicleta, que había observado un ejemplar y fiable comportamiento. Caminé en medio de aquella gente bulliciosa, que no sabían, seguramente, qué camino tomar, si meterse entre el ganado que permanecía en un campo alfombrado de esponjoso musgo, bajo la sombra de unos abedules de blanca corteza o, tal vez, seguir unos pasos más adelante para adquirir alguna herramienta para el campo o algún otro útil de interés para su hogar. Yo seguía caminando con dificultad, esquivando el ir y venir de la multitudinaria clientela de las diversas tiendas ubicadas unas a continuación de las otras en ambos márgenes de la carretera. Yo alucinaba con el alboroto que la multicolor concurrencia le daban a aquel paraje que, necesariamente, -pensaba yo- que debía de tratarse de alguna ciudad no registrada en los mapas. De una de aquellas tiendas, con toldo blanco por techo, saltó de un brinco la figura de un muchacho, más o menos de mi edad, que a mí me pareció persona muy conocida. Con paso ágil se plantó delante de mí, y, con vehemencia, me requirió:

-¡Pero, Chucho...! ¿Qué haces tú aquí? - y yo le respondí con otra pregunta:

¿En qué ciudad nos encontramos...?

Mi buen e inolvidable amigo, Antonio Prieto Bouza -Lalo de Ferrerías- me explicó que aquella localidad era La Toca, y que, en ese día, se celebraba la feria mensual.

Cuando su madre, Rita Bouza, que atendía a la venta de una herramienta para el campo, se percató de mi presencia, tan lejos de mi casa, me hizo tomar algún alimento para que recuperara fuerzas, y me aconsejó que regresara de inmediato al hogar, para que mi madre no se inquietara por mi ausencia; prometiéndome no comentarle nada de esta aventura ciclista, que me permitió conocer aquella ciudad perdida, que no figuraba en mapa alguno...

* * *

Y volviendo a la biografía de nuestro personaje de hoy, es necesario recordar que, cuando se instaló el cine Hispania en nuestra villa, allá por el año 1942, el primer cine sonoro en nuestro pueblo, don Sergio, el dueño de la sala, requirió los servicios de Diego Otero para que atendiera el proyector de cine, tarea que año tras año llevó a cabo, sin interrupción, hasta que, por razón de edad, fue relevado por su hijo Eladio quien conocía a la perfección los entresijos de la máquina de cine.

Algún tiempo ante, ingresó en la plantilla de la Empresa Nacional “Calvo Sotelo”, como chofer de camiones de gran tonelaje. Su gran experiencia como conductor de vehículos le sirvió para mantener su prestigio en la Empresa. Y se puede constatar que en su larga vida en la carretera, conduciendo toda clase de vehículos a motor, jamás tuvo un solo accidente.

A consecuencia de una sencilla, pero dolorosa operación en un tendón de su mano derecha, tuvo que dejar de conducir, pasando a ocupar nuevo destino en la consejería de la misma Empresa, donde se jubilaría a la edad de 65 años. Su esposa falleció al poco tiempo, dejando a su esposo hundido en la más profunda tristeza. Diego Otero, por el contrario, tardaría muchos años en dejarnos, merced a los extraordinarios cuidados de su familia, especialmente los de su hija Chelito quien le dedicó todo su tiempo para prolongar su vida, luchando contra la más incurable de todas las enfermedades: los muchos años.

Nuestro admirado amigo se marchó de este mundo el 7 de enero de 1998, cuando estaba a punto de cumplir 96 años. Atrás quedarían duros años de trabajo, las grandes privaciones para sacar adelante a su familia, el gran amor que siempre tuvo por todos los suyos, y el más grato recuerdo que dejó en nuestra generación del que jamás podremos olvidar su trato afable y su buen hacer en todas sus facetas. Con él se marchó para siempre uno de los mejores artesanos de nuestra villa de As Pontes. ¡Descanse en Paz!

Chucho Penabad.

A NOVA UNIÃO

Libre e Independiente desde 1910

Suscripciones

+ 34 981451202

Aptdo. Correos 108

Vila Mugardos 7, bj 15320 - As Pontes

anovaunion@amigosdeaspontes.org

www.amigosdeaspontes.org